

que bien se quieren; mas cuando esa amistad arraiga no sólo en las almas gigantescas como la de un Aristóteles y un Alejandro el Magno, sino que se basa en corazones saturados del heroísmo de la santidad cristiana, entonces esa virtud recibe un brillo immaculado y purísimo, el amigo pasa á ser un santo, el amor se transforma en caridad y une á los genios en lazo bendito y apretado, realizando las hazañas más peregrinas y las aventuras más leyendarias y milagrosas.

ARTÍCULO VII

LA CUESTIÓN RELIGIOSA

No hacia aún muchos años que los dos ínclitos Patriarcas, el querubín de Caleruega y el serafín de Asís, habían fecundado al mundo cristiano con las dos celebérrimas familias de los Predicadores y los Menores. Llamáronse Órdenes *mendicantes*, porque en la pristina estrechez de sus Constituciones, no se permitía á sus individuos vivir de rentas peculiares, sino que debían *mendigar* como pobres el sustento y la limosna. Y ¡cuántos prodigios obró el cielo en honra y obsequio de aquellos nobilísimos religiosos, que renunciando toda pompa mundanal, en sólo Dios ponían el centro y el descanso de sus almas generosas y heroicas!... Pocas veces se vió en la historia desde los tiempos apostólicos un alarde de fuerza moral y de virtudes excelsas semejante al que ofrecieron, desperdigados por la tierra, los hijos de San Francisco y de Santo Domingo. Hechos los amigos de Dios y formados en escuadrones milagrosos en que entraban los próceres más insignes y lo más florido de la sociedad en sus diversas esferas, los dominicos y los franciscanos volaban como las nubes empujadas por el viento de la gracia divina é iban repartiendo por los confines del mundo la luz y los tesoros de que el cielo les había colmado. La ciencia estuvo gallardamente representada en los genios más tallados

que se educaron en los claustros de las Órdenes hermanas; el arte recibió hermoso empuje y desarrollo en los colosales templos levantados por los dominicos y los franciscanos; la santidad tuvo preclarísimas figuras en incontables individuos que, criados con sujeción á las leyes de Domingo y de Francisco, eran el pismo de los ángeles y el asombro de los mortales; la aristocracia misma abrió sus senos y entregó á las Órdenes mendicantes lo más granado de la sociedad, y los doctores, los canónigos, los Obispos, los Cardenales, los Papas, los hijos de los reyes, los condes, los magnates de aquella Edad caballeresca por antonomasia, se ofrecían espontáneamente á ser alistados en las filas de los aguerridos ejércitos de quienes eran caudillos el Apóstol castellano y el Serafín de Italia. En poco tiempo sonó el eco de la voz de los dominicos y de los menores en todos los ámbitos de la tierra, y el hábito blanco de los unos y el pardo sayal de los otros, se hicieron simpáticos á todos los pueblos, y el rosario dominico y el cordón franciscano, fueron las mágicas cadenas con que se ligaron infinitos corazones. No hubo región que estos nuevos apóstoles no visitaran, ni lugar por árido que fuese que no santificaran con su presencia, ni tribu salvaje que no oyesse la palabra de caridad y de amor con que atraían misteriosamente las almas al seno de la verdadera religión.

Mas estas mismas hazañas que parece debían ser los timbres de su apogeo y la causa de su creciente prosperidad y desarrollo, fueron el motivo de la persecución y de la polvareda que de improviso se alzó contra los heroicos hijos de la Cruz y del sacrificio. No pudieron los envidiosos mirar con buenos ojos el avance y la fecundidad de las nuevas Órdenes, y con capa y color de justicia al principio y so pretexto de defender la integridad de la Religión y de la Iglesia, dijeron ya en el siglo XIII los enemigos jurados de las Órdenes religiosas, lo que hoy barbotan como novísima invención los que abominan y ha-

cen ascos de las influencias de las mismas Asociaciones: «Hay que poner dique, dijeron unos y repiten otros, á la preponderancia de las Comunidades religiosas, porque, 1.º usurpan con su predicación y enseñanza oficios que no les competen: 2.º hacen despreciables á los curas de almas haciéndoles aparecer faltos de letras y de virtud: 3.º trastornan el orden social con su influjo, y 4.º pervierten la armonía de la misma Iglesia Católica con sus privilegios y exempciones.»

Puesta la primera brasa, el incendio no tardó en propagarse, y lanzado el primer grito, la algarabía no se hizo esperar por mucho tiempo. Y como los adversarios cubrían su audacia y sus perversos planes (exactamente como los de nuestros tiempos) con una capa exterior de piedad y de razón, el combate arreció, la envidia hizo la suya, y con motivo de no sé qué fruslería, los doctores de la Universidad de París comenzaron sus ataques á las Órdenes religiosas; y á pesar de las protestas del Pontífice Inocencio IV, fueron excluidos del claustro universitario los dominicos con los franciscanos y condenados á no tener escuelas públicas en París. Siguió el negocio más adelante, y ganado por los maliciosos y taimados enemigos, el mismo Inocencio IV prestó oídos á las querellas dirigidas contra las Órdenes mendicantes y suprimió la mayor parte de los privilegios que gozaban legítimamente las dos familias gemelas.

Pero la mano de Dios que ha prometido custodiar al justo en sus pruebas, no tardó en descubrirse á favor de la inocencia perseguida.

Una noche en que un venerable religioso dominico del Convento de San Pablo de Palencia, rogaba al Señor que pusiera término á las desdichas inmensas que pesaban sobre su Orden querida, arrebatado en éxtasis creyó hallarse en medio de una deshecha tormenta que amenazaba inundar el mundo. Después de largos horrores, calmóse la tempestad enfurecida, mas quedó el ambiente impregna-

do de espíritus malignos, que divididos en huestes numerosas, corrían sin descanso del uno al otro confín del orbe. En medio de tamaño desconcierto, se dejó ver el Hijo de Dios y con Él una brillante escolta de ángeles cabalgando sobre gallardos alazanes que piababan con arrogancia en el polvo ganosos de acometer. El estandarte de Jesús ondeaba en hermosos pliegues y en ellos se leía escrito con letras de oro y de luz Jesucristo de Nazaret, Rey de los Judíos (I. N. R. I.) Entonces el amoroso Redentor sonriendo con amor infinito, envió á uno de sus legados con el encargo de decir al santo dominico que veía absorbto esta manifestación de la divina gracia: No temas: anuncia á tus hermanos que son los fieles servidores de mi Padre y que yo tomo por mi cuenta la defensa de su causa; que en el entretanto, se abstengan de disputar con el clero, que sufran con resignación los últimos pasos de su calvario, porque se acerca ya el día del triunfo y de la corona. —Tras estas palabras, despertó el varón de Dios de su místico arrobamiento, y pudieron ver sus ojos á la Virgen Madre, pura más que las auras y el terral, hermosa más que la rozagante primavera, que hablándole con amor dulcísimo, le consoló en su amarga aflicción prometiéndole con su Hijo su amparo y patrocinio soberano.

Esta visión tuvo lugar un día, primero de Marzo: pocos días después se supo en el Convento de Palencia que la bula de Inocencio IV, había sido revocada, y muerto en brevísimo plazo el Pontífice, su sucesor Alejandro IV volvía por la honra de las Órdenes religiosas y exhortaba enérgicamente á los Obispos á salir á la defensa de su causa.

No cedió de plano la envidia ante la actitud de los nuevos abogados de la causa religiosa, y aunque el supremo Jerarca de la Iglesia ordenó por un Breve apostólico que Santo Tomás de Aquino fuese reconocido oficialmente como Maestro y doctor en plena Universidad, los profesores haciéndose los no entendidos y los suecos, no dieron

por entonces oídas á la propuesta y continuó la malquerencia y la discordia fomentada principalmente por Guillermo de Santo Amor que publicó un folleto titulado: *Los peligros de los últimos tiempos*. Excusado es decir que para Guillermo los peligros eran los religiosos dominicos y franciscanos á quienes con superflua caridad (!!!) llamaba *desvergonzados, falsos profetas, ambiciosos, ladinos, hez de las sociedades*, etc., etc.

Pero la verdad no se discute con apodos ni á candilazos sino con razones y argumentos serios. Púsose la cuestión *sub judice*, llevóse el libro de Santo Amor á Roma y nombráronse defensores y abogados de ambas partes. Entre los partidarios de Guillermo, estaban los que, como el autor infame, se bebían los vientos por acabar con la obra del Señor; entre los defensores de las Órdenes religiosas se encontraban las eminencias dominicanas y franciscanas como el Beato Humberto de Romans General de los Predicadores, el Beato Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y otros preclarísimos varones. Las dos Órdenes perseguidas redoblaban su fervor y en devotísimas oraciones levantaban al cielo su corazón en demanda de misericordia y de clemencia. La Santa Madre de Jesús bajaba frecuentemente de su trono á consolar y bendecir á sus fidelísimos siervos y en hermosas apariciones, les prometía su ayuda y les aseguraba la corona del triunfo.

No le engañaba la dulcísima Reina del cielo.

Comisionado el Ángel de las Escuelas para responder públicamente á Guillermo de Santo Amor, y llegado el día de la prueba, habló el Doctor angélico en presencia del soberano Pontífice y de toda la corte romana con tal copia de razones y tan sublime sabiduría de argumentos, que la obra de Guillermo quedó definitivamente desacreditada y maldecida como injuriosa y calumniadora.

Los argumentos fundamentales expuestos por Sto. Tomás al rebatir las imputaciones de su adversario, se refieren á probar á cielo claro la justicia que asiste á los reli-

giosos para vivir de las limosnas que voluntariamente les ofrecen los pueblos, al derecho indiscutible que tienen de enseñar é instruir siempre que esa instrucción se ponga en manos de varones doctos y letrados llámense ó no maestros y doctores oficiales ó de Universidades, á la defensa y al amparo prestado por las Órdenes religiosas con sus desvelos á los Obispos y al clero sin menoscabo ni mengua de la autoridad y del prestigio del sacerdocio secular «ya que lo nuevo del hábito y la pureza de las costumbres influye en ocasiones grandemente para atraer al cielo á las almas que acaso se mostrasen reacias con la presencia obligada y á veces exclusiva de su legítimo pastor» (1); y por fin, hace la más brillante apología de las Órdenes religiosas recordando su historia y sus sacrificios inmensos en pro de la cultura y de la humanidad y pone de manifiesto que «la modestia y la caridad simbolizadas en los humildes religiosos, son siempre el fondo más puro en que brilla la verdadera grandeza.»

Con la luz irradiada, primero de la defensa verbal del angélico Maestro y luego del *Opúsculo* en que se perpetuó la hermosa apología de los religiosos, la cuestión quedó resuelta y la justicia abrazada con la verdad aparecieron clarísimos ante todos aquellos que siendo de espíritu recto é imparcial, estaban ansiosos de la luz y de la equidad; y aunque los jurados enemigos de los Mendicantes pretendieron volver á la lucha, Dios terminó de una vez con la protervia de aquellos infames corazones ejecutando un espantoso castigo en uno de los más desvergonzados muñidores de la enemiga y de la guerra contra las Órdenes reli-

(1) *Opúsculo: Causa Lupugnantis religionem*. Nada más cierto que las ideas apuntadas por el Santo Doctor en esas palabras, y los misioneros de los pueblos, pueden ser trágicos de esa verdad, sucediendo casi en todas las misiones que muchas almas encenagadas en el vicio, acuden como dóciles corderillos á postrarse á los pies de los Padres misioneros abriéndoles su corazón de par en par y hallando en el hábito de los religiosos un como talismán que subyuga y atrae las almas de los más obstinados pecadores. He sido testigo presencial y nadie me podrá tachar de exagerado.

giosas. Con la presencia de la mano vengadora de Dios en el asunto, temblaron los más esforzados y bravucones y en 1266 el Papa Alejandro IV, condenó el libro de Santo Amor como criminal y blasfemo.

Así terminó la lucha y amaneció tras la borrasca el día claro y sereno. Santo Tomás volvió de Roma á París entre los aplausos y los victores, y cepillados los últimos reabos de la pasada inquina, forzada con la obediencia la humildad profundísima del Ángelico, fué recibido solemnemente por Maestro y Doctor en pleno claustro universitario, desarrollando con la profundidad que le distinguía aquellas palabras de la Escritura: Desde los tabernáculos sublimes en que habitas, riegas y fecundizas los montes más empinados: la tierra se verá harta con la abundancia de sus frutos (1).

Tal resultado tuvo en el siglo XIII la cuestión religiosa promovida por almas degradadas y sin un adarme de pundonor é hidalgüía. Y si bien el Doctor insigne de la Orden Dominicana apaciguó con sus incontrovertibles argumentos la fiera tempestad que se había cernido sobre las santas familias religiosas, y si no es menos cierto que las razones expuestas por el Ángel de las Escuelas han quedado eternamente impresas en la historia por medio del opúsculo *Contra impugnantes religionem*, es también verdad muy triste que la lucha no se extinguió para siempre ya que nunca falta en el mundo la raza de los necios de que habla Salomón y que son del número de aquellos do quienes dice el adagio que saben preguntar mucho más de todo cuanto pueden responder los sabios de más talla y empuje.

Esa es la historia humana, la mezcla de lo grande y de lo pequeño, de la santidad y del vicio, de la ciencia y del error, de Santo Tomás y de Guillermo, de Bonifacio VIII y de Felipe IV el Hermoso, de León XIII y de Valdeck-

(1) *Dignus montes de superioribus suis; de fructu operum tuorum, satiabitur terra* (Ps. 103-v. 13.)

Rouseau y M. Combes... Y por que esa es la historia del hombre, no podrá faltar nunca la oposición y el contraste, y el caballo de la batalla en esa lucha del cielo y de la tierra serán siempre las Órdenes religiosas, representación genuina del heroísmo y reproche eterno del vicio y del pecado.

Por eso se ha repetido el ataque después de la victoria, que pareció decisiva, de Santo Tomás; por eso se ha vuelto á poner sobre tapete la traída y llevada *Cuestión religiosa*; por eso los Pombales y los Choiseults, los Arandas y las Pompadours han vuelto á coger las mohosas armas de Guillermo de Santo Amor, y en nuestros mismos días se renuevan los combates empuñando las antiguas espadas contra quienes se hizo fuerte el Ángel de las Escuelas y suenan los atabales del combate en la prensa de cinco céntimos, en los folletines descocados, en los corrillos de charlatanes, en los mitings de canallas y... hasta en los escaños del Parlamento en presencia y á veces de boca de los mismos que se llaman Padres de una nación donde las leyes mandan que se reconozca como oficial y del Estado la santa Religión católica!!!... Y lo más chuseo ó lo más infame de todo es que cuando se les ataca por ese lado y se les recuerda el Código y se les citan los artículos donde la ley se expresa, se descuelgan esos Padres de la Patria con una cuchufleta indigna de un mozallón desvergonzado, ó mienten sin vergüenza, ó se rien á calzón quitado, ó sueltan una sandez ó algo que pasa de sandez pretendiendo salirse con la suya nada más que por el derecho de las garras y de los puños de que nos hablaba Horacio (1).

Los argumentos en que quieren apoyarse los actuales enemigos de las Órdenes religiosas, son, ni punto más ni menos, los mismos de que se valieron los de la época de Santo Tomás de Aquino: que por qué han de enseñar los

1) Si no fuera por nombrar personas que ni merecen esa honra, bien se pudieran citar ejemplo muy candentes de todo esto y que hablan muy á favor de ciertos prohombres que se las tiran de progresistas y... reformadores.

religiosos... por qué han de poseer haciendas... por qué han de vivir con privilegios que no tiene el clero secular... por qué han de influir en los pueblos... por qué han de vestir de blanco ó de gris, con faja ó sin fajín, etc. etc. A todo lo cual y afilando un poco las palabras, podía responderse en crudo lo mismo que Santo Tomás respondió á los guillermistas de su siglo: 1.º Que ¿por qué enseñan los religiosos?... Pues por que lo saben hacer mejor que muchos doctores oficiales y sino hechos son triunfos (1); 2.º Que ¿por qué han de poseer rentas los religiosos?... Pues porque han adquirido los bienes con toda justicia y en lo suyo manda el amo; 3.º Que ¿por qué han de gozar de privilegios?... Pues porque se los han concedido en premio de sus heroicos servicios; 4.º Que ¿por qué han de vestir de hábito blanco ó con faja negra?... Pues porque cada uno gasta la ropa que le parece y á nadie debe importarle lo que uno quiera vestir y ya decía Cervantes que libres somos todos para hacer de nuestra capa un sayo; 5.º Que ¿por qué se han de tolerar las Asociaciones religiosas?... Pues porque son hijas de la Iglesia y ésta las ha bendecido siempre; y además porque cada cual puede asociarse como le venga en gana (es teoría liberal y muy cacareada), y si se permiten los ministerios con toda la servidumbre de comedores, y los parlamentos con toda la flota de diputados, y los cuarteles con toda la multitud de oficiales y rasos, y las fábricas de panificación con toda la maquinaria y los cajones de pesetas, y los mitings con todo el turbión de individuos que en ellos pueden entrar, y en fin, si se permiten las bodegas con vinos de Jerez y otros antros donde no queda muy bien parada la moral y el sentido común, bien pueden permitirse las Órdenes religiosas sujetas á las leyes que el Estado dicta *de acuerdo con la Iglesia* y bajo la autorización expresa del Pontífice

(1) La experiencia y las palabras mismas de un Presidente de Consejo y de un ministro de Instrucción pública en España dan testimonio de que los frailes no son tan babilenos como muchos que por tales los tienen.

de Roma que es el jefe nato y el Rey legítimo de las Asociaciones religiosas.

Me parece que esto es lo natural y lo contundente; mas como para los enemigos de los religiosos no hay razón ni sentido común que valga, tanto caso hacen de la justicia como de las coplas de Calaino ó de las nubes de antaño, y á pesar de las protestas enérgicas levantadas en cien ocasiones y por personas dignísimas, procurarán salirse con la suya en cuanto les sea posible y Dios sabe el fin que tendrá en nuestros días la cacareada *Cuestión religiosa* (1).

Quizás los religiosos cargados con su historia gloriosísima tengan que abandonar su patria y se vean obligados á marchar al destierro de Babilonia los sucesores de los Martines Dumienses, de los Isidoros, de los Prudencios, de los Millanes, de los Domingos de Guzmán, de los Ignacio de Loyola, de los José de Calasanz, de los Hernandos de Talavera, de los Pérez Marchenas, de los Diegos de Deza, de los Cisneros, de los Bartolomé de las Casas, de los Báñez, de los Sotos, de los Canos, de los Juanes de la Cruz, de los Luises de Granada y de León, de las Teresas de Jesús, de los Juanes de los Angeles, de los Hernandos del Castillo, de los Alonso Fernández, de los Franciscos Javier, de los Siguéncias, de los Marianas, de los Rivadeneiras, de los Pedros Malón de Chaide, de los Tirso de Molina, de los Flórez, de los Jaimes de Villanueva, de los Alvarados, de los Cardenales Gil y González etc., etc. Pero ¡vive Dios!... que no les faltará la Providencia en su destierro como no les faltó en sus glorias y milagrosas proezas!

(1) En Francia y en Portugal, ya sabemos cómo se ha solucionado la cuestión: con *mucha justicia y dignidad sobre todo* (111). En España, en cambio, aún en enjuagues y componeidas, con amenazas y bravuconadas. Contra la turba multa de los adversarios de las Órdenes religiosas, hanse levantado, primero el Augusto y santísimo Pontífice Pío X, después los Obispos españoles, y luego infinita multitud de personas del pueblo y de la aristocracia. No falta audacia en los enemigos; pero tampoco escasea el valor en los amigos. Esperemos el desenlace.

ARTÍCULO VIII

SANTO TOMÁS EN EL PONTIFICADO DE URBANO IV

Puesta a sobre las sienes del Doctor angélico la hermosa guirnalda con que las hijas de Sión y los sacerdotes de Minerva coronaron al nuevo Salomón en el día de su victoria, brilló en todo su apogeo y en mitad de su carrera el astro radioso que el cielo había colocado en la olímpica frente de Santo Tomás.

Nunca se vió maestro tan esclarecido en todos los ramos del saber; nunca se oyeron de labios humanos enseñanzas tan profundas y soberanas como las que salían á torrentes de los del angélico Doctor; jamás de pluma de literato ni de teólogo salieron palabras é ideas tan hermosas y castizas como las que á borboliones brotaban de la finísima péñola del genio dominicano. Por lo cual la santa Iglesia llena de entusiasmo y de admiración en presencia de las obras inmortales de Tomás de Aquino, exclama celebrando sus talentos prodigiosos: *Stylus brevis, grata secundum: celsa, clara, firma sententia*. Su estilo es breve y enérgico, su dicción amena; sus ideas clarísimas y sus sentencias y argumentos inquebrantables (1).

Nombrado el invictísimo Doctor Regente de los Estudios generales de París, fué el ídolo de maestros y discípulos: todos acudían á él en las dudas y dificultades, y la persona venerable de Tomás alzabase ya magnífica y augusta como una pirámide colosal y atrevidísima en medio de las llanuras de un vasto desierto. Como el cedro del Líbano, levantóse lleno de gloria en la montaña, como la palma de Cades irguió su frente soberana, y como el bálsamo y el cinamomo colmó con su fragancia y sus aromas los vestibulos del templo del Señor. Como el lucero matinal entre nubes rosadas, como la luna llena entre celajes y nimbos de claridad, como el sol radioso en medio

(1) Del Oficio de Santo Tomás.

de un tálamo de luces y de fulgores, como el lirio de los valles y la rosa plantada junto á las corrientes de las aguas, como el Príncipe y caudillo nobilísimo en medio de los magnates y de los héroes, Tomás de Aquino apareció gallardo y hermosísimo entusiasmado al cielo y á la tierra con las proezas de sus talentos excepcionales. Y al ver las gentes aquel alarde de perfecciones y milagro de santidad levantado por la mano de Dios en el centro de los pueblos y de la humanidad, todos juntaban las manos para glorificar al cielo y abrían sus labios para bendecir á Tomás diciéndole: Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor y el encanto de todo el linaje humano (1).

Y en medio de todos estos honores, cuando era Tomás como el centro del mundo civilizado, y la Universidad de París, llamada *manantial de la verdad y foco de toda luz* veía en el Doctor angélico al Hércules de la ciencia y al Aquiles del heroísmo cristiano, el piadosísimo Dominico se mantenía humilde y modesto entre tantos hosannas de triunfos, y jamás se le fué un punto la cabeza en medio de tantas nubes de incienso como se quemaban junto al pedestal de su gloria. «Los honores dice el Padre Campaña, de que colmaban á Santo Tomás los pontífices y los reyes, no llegaban hasta su corazón para envaneecerle; y tan acotumbrado estaba á levantar su alma por encima de los aplausos y gritos de la fama, que cuando á instancias de Carlos I, rey de Sicilia, entró en Nápoles, no reparó en los arcos de triunfos levantados en su honor, ni en las fiestas y luminarias, ni en los homenajes que le tributaron el rey, los magnates y su pueblo; porque no vivía su pensamiento en la tierra, sino en el cielo, como ángel arrodillado en el acatamiento del Señor» (2).

Conocía la Orden Dominicana la indiscutible autoridad

(1) Judith, C. v. - 2) Panegírico de Santo Tomás predicado en la Iglesia de los dominicos de Salamanca.

del angélico Maestro en lo referente á la enseñanza y en cuestión de estudios y por eso en el mes de Junio de 1259 fué llamado Tomás de Aquino al Capítulo General para que junto con Alberto el Grande, Pedro de Tarantasia (después B. Inocencio V.) y otros dos insignes varones de la Orden, dictasen un reglamento ó plan de estudios destinado á las casas que tuvieran carácter de colegios. Documento precioso debió ser indudablemente el que salió de inteligencias de talla tan colosal, y buena prueba de ello es que en el Capítulo General celebrado en Lión el año 1274, tres meses después de la muerte dichosa de Santo Tomás, se reprodujo íntegro y sin enmendar una tilde, dando á la vez con esto la Orden de Predicadores una muestra hermosísima de su amor y respeto al Angel de las Escuelas (1).

Entre tanto, la fama y el buen nombre del Maestro Tomás (*Magister Thomas*) crecían y se abrillantaban como los esplendores del justo que la Santa Escritura compara al avance del sol hacia el cénit de su carrera luminosa. El Vicario de Jesucristo, Urbano IV, prendado de las excepcionales dotes del Doctor angélico, le llamó á su lado confiriéndole el encargo de enseñar en su mismo Palacio la filosofía y los comentarios de Aristóteles. Como era ésta una clase propia de la Santa Sede y pública, Tomás de Aquino era el verdadero Maestro del Pontificado, y en los diferentes viajes que Urbano IV tuvo que emprender,

(1) Una de las disposiciones de ese reglamento de estudios, era la creación ó fundación de una cátedra de lenguas orientales en Barcelona, á la cual pudieran acudir indistintamente los afeccionados á ese ramo de lingüística. El objeto principal de esta cátedra fundada en tiempo de San Raimundo de Peñafort, Maestro General de los dominicos, era preparar un arma poderosa con que combatir los errores de los árabes difundidos por Europa al dar á conocer la filosofía aristotélica mal traducida del griego y peor comentada.— Cf. L. Auñe Dominicaine. —Pag. 219.—Mes de Marzo.

Este Capítulo General á que asistió Santo Tomás fué el de Valencia en los Países Bajos. Varios Capítulos Provinciales, entre otros, el de Bezares en 1261 citan ya el Reglamento de estudios nombrado á Fray Tomás de Aquino. (Vida histórica de Santo Tomás de Aquino por el P. A. Tourón O. P.—Tomo I, libro II., Cap. XVII.)

acompañábase el Angel de la ciencia que era mirado como el oráculo y el Salomón de su época. De esta manera estuvo en Orvieto, en Anagni, en Viterbo, en Perugia y en Bolonia, y en todos los lugares en que había un convento de dominicos, hospedábase allí con frecuencia el Santo Maestro, y á ruegos de sus hermanos de hábito les enseñaba los tesoros de la sabiduría todo el tiempo que le dejaban libre los negocios del Pontífice (1).

Y no se crea que á medida que la fama del Doctor célebrísimo se extendía y volaba su nombre por el mundo civilizado, perdía un ápice la modestia y el despegue de las cosas de la tierra en el corazón de Santo Tomás, antes al contrario, cuanto más alto se veía tanto más procuraba ocultarse y desvanecerse huyendo siempre de la exhibición y de los aplausos como de los enemigos más terribles de la sólida virtud cristiana.

Hallábase en cierta ocasión el Santo Maestro en el convento de Bolonia paseándose sosegadamente por uno de los claustros, puesto el pensamiento en Dios que era el imán de todas las facultades del Doctor angélico. Uno de los religiosos que se hallaba de paso en el convento, tuvo necesidad de salir á la población con el fin de arreglar ó tratar algunos asuntos perentorios, y obtenida la venia del prelado, acertó á pasar junto á Santo Tomás á quien no conocía personalmente, y como le vió al parecer desocupado y creyendo fuese uno de los Padres del Monasterio de Bolonia, pidióle que le acompañase á la ciudad, pues el superior le había dado la orden de salir con el primero que encontrase. No replicó Santo Tomás, y con la más exquisita delicadeza, se ofreció á servir de guía y *cicerone* al religioso que se lo indicaba. Ya en las calles de la ciudad, como el venerable Maestro, según la tradición,

(1) Urbano IV, antes Patriarca de Jerusalén, sucedió á Alejandro IV, fallecido en Mayo de 1261. Desde el principio de su Pontificado llamó al Doctor angélico para tenerle como Maestro y Consejero. (Tourón.—Tom. I.—Lib. 25. Cap. XVIII.)

era un tanto grueso y muelle de carnes y mestradísimo en todos sus movimientos, apenas podía seguir el paso del religioso con quien iba y así quedábase un si es no es rezagado y á distancia contra toda su voluntad. Todo el pueblo de Bolonia conocía á Santo Tomás, y al verle llevado de aquel modo y con tan escaso miramiento, no pudo menos de protestar indignado y avisar al religioso que con el Santo Doctor iba de la excelencia del sujeto que le acompañaba. Cuando el religioso indiscreto supo que su acompañante era Tomás de Aquino, creyó morir de espanto y de sentimiento al considerar su descortesía y ligereza, y lleno de vergüenza, quiso arrodillarse á los pies del Santo Maestro pidiéndole perdón con lágrimas en los ojos é inmensa pena en el alma. No se lo consintió Santo Tomás humillado con esta nueva prueba de sus merecimientos y convencido una vez más de que la modestia es la base de las virtudes y la obediencia la verdadera maestra de la santidad.

Era entonces la época memorable en que los árabes, después de haber conquistado varios pueblos y de haberse apoderado de preciosísimos documentos literarios y filosóficos, trataron de estudiar las costumbres de esos pueblos y sacar todo el filón posible de sus minas literarias. Fijáronse singularmente en Aristóteles á quien comentaron sin entenerle ya que no le estudiaron en los originales griegos, sino en las versiones siriacas. Enfrascados en la doctrina pagana, los filósofos árabes que más han brillado por el colorido de la fantasía que por la agudeza de la reflexión intelectual, propalaron por Europa un verdadero diluvio ó turbión de absurdos y de errores; y Alkendi, Alfarrabi, Avicena, Averroes y otros de su lechugada pretendieron hacer pasar como el *substratum* de la filosofía griega lo que no era sino una mescolanza empalagosa de falsedades doradas con una expresión de similor y de relumbre; y ayudados en la empresa por los judíos, eternos enemigos de la civilización cristiana de Eu-

ropa, extendieron sus doctrinas perniciosas acerca de la vida futura, de la unidad del entendimiento, de la creación y eternidad de la materia, etc., etc.

Contra esta cruzada del error mahometano, se hacía precisa una heroica resistencia de la verdad cristiana, y Dios, que nunca desatiende las necesidades de su Iglesia, deparó un ejército de invictos campeones que defendieron palmo á palmo el terreno de la luz y de la fe y tomando luego la ofensiva, atrincheraron y acuartelaron á la mesnada de la impiedad y del error. Este ejército que es la vanguardia de la Religión y de la cultura europea, estuvo compuesto de los Doctores Escolásticos, todos varones sapientísimos y de virtud acrisolada, todos de aspecto real, de sangre generosa, de frente despejada, de pecho hercúleo, de bravura titánica, de coraje legendario: el Rey de estos reyes y el Caudillo de estos valientes, fué Santo Tomás de Aquino, y el arma que esgrimió vigorosamente para rebatir los sofismas de la impiedad, fué la *Summa contra los gentiles* escrita por consejo del soberano Pontífice y de los superiores de la Orden, singularmente de San Raimundo de Peñafort.

Cuatro libros comprende esa *Suma* admirable y los cuatrocientos sesenta y tres capítulos en que está repartida la doctrina profundísima del angélico Maestro, brillan con resplandores del cielo y forman un vasto emporio de ciencia y de erudición. La idea de Dios con sus atributos y perfecciones, su conocimiento por el prisma de las criaturas, la excelencia de la creación y su verdadero origen y constitutivo, sus maravillas y encantos singularmente el hombre y el ángel, las operaciones misteriosas de los espíritus, la Providencia en las causas segundas, sus leyes y el culto que se la debe como á principio soberano del orden, el quebrantamiento de esas leyes en que consiste el pecado, la hermosa peregrina de la gracia que es la antítesis de la culpa, la grandeza infinita de la Redención donde se exponen y se refutan los errores de Fotino, de

Valentín, de Apolinar, de Arrio, de los maniqueos y otros muchísimos herejes, las conveniencias del misterio de la Redención, las condiciones de la vitalidad en la Iglesia ó sean los Sacramentos, la Resurrección del Salvador que es el tipo de los escogidos, la existencia y cualidad de los Novísimos y del fin del mundo en que todos volveremos á la presencia de Dios de quien procedemos, todas estas cuestiones van apareciendo en la maravillosa *Summa contra gentes*, expuestas las verdades con tal claridad y deshechos los errores con tal precisión que la inteligencia en alas del Ángel portentoso de la sabiduría se remonta hasta el ciclo y adorando á la Majestad infinita ve desde aquellas alturas y como en panorama vastísimo toda la creación con sus elementos armonizados, con sus montañas, con sus valles, con sus mares y sus ríos en veloz corrida, con sus flores y sus nieves, con sus insectos y sus aves, con sus árboles y sus fieras; y en medio de todo el jardín al hombre con su frente de rey, y volando sobre los mundos á los ángeles cual águilas potentes que traspasan las nubes y se acercan hasta el sol. Imposible parece que el ojo humano pueda contemplar un panorama y un cuadro más hermoso, un horizonte más amplio y lleno de luces que el presentado por Santo Tomás en las páginas de su milagrosa Suma.

Y porque para convencer á los gentiles y paganos los testimonios de la Sagrada Escritura son insuficientes ya que no los admiten, por eso el Doctor angélico trata de persuadirle con la lumbré de la razón que nadie puede negar y presenta en hermosísimo abrazo estrechadas las verdades naturales con las reveladas y divinas (1). De ahí lo ma-

(1) *Contra singulorum autem errores, dicit el Santo, difficile est procedere propter duo: Primo, quia non ita sunt nobis nota singulorum errantium dicta scribega, ut, ex his quae dicunt, possimus rationes assumere ad eorum errores destruedos....*

Secundo, quia quidam eorum, ut mahometistae et pagani, non convenient nobiscum in autenticitate alicuius scripturae per quam posuit conviciari, sicut contra iudeos disputare possumus per vestra Testamentum; contra haereticos,

raviloso del cuadro y lo colosal de la obra en cuyas páginas se descubre al Señor rodeado de los símbolos de su gloria y de los atributos de su majestad y á sus pies el universo que es la creación en que se refleja la sabiduría del soberano Creador que

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura.

Pero no debe causarnos extrañeza ver lo colosal de la obra del angélico Maestro, ya que nos dicen las biografías del Santo, que mientras dictaba la Suma absorto en éxtasis de amor, los ángeles andaban con Tomás vistiendo de color de rosa con dulces sonrisas los pensamientos del insigne Doctor y la angusta Madre de Dios regalaba con caricias inmensas al Alcides de la ciencia inspirándole con sus halagos las ideas más sublimes que sólo se conciben en el alma región lúcente y prado de bienandanza que es productor eterno de consuelo. (1)

ARTÍCULO IX

EL OFICIO DEL CORPUS CHRISTI

Entre todos los misterios y encantos del orden sobrenatural, brilla con singularísimos esplendores y aparece rodeado de mágicos atractivos el Augusto Sacramento del

per novum. Hi vero neutrum recipiunt. Unde necesse est ad naturalem rationem recurrere, cui omnes assentire coguntur; quae tamen in rebus divinis deficiens est.

Simul autem veritatem aliquam investigantes ostendemas, qui errores per eam excludantur, et quomodo demonstrativa veritas fidei christianae religionis concordet.

(Summa Contra gent. I, cap. II, II.)

(1) Descubierta hace algún tiempo un ejemplar autógrafa de la Suma contra los gentiles, se ha visto que entre las liuceas del fondo y en las márgenes de las páginas se hallan escritas multitud de veces las palabras del Ave María.

Altar, Pan vivo bajado del cielo, Maná de inefables delicias banquete riquísimo de gracias, mantenimiento lleno de dulzuras y de incomprensible suavidad, testimonio de la caridad infinita y postrera manda del amor de Jesucristo al volverse al seno de su eterno Padre.

Venerado el augusto Misterio de la Eucaristía en todos los tiempos, desde la noche de la Cena con Jesucristo hasta en las Catacumbas de Roma y después en todos los templos católicos del mundo, fué mirado el Santísimo Sacramento como la gloria más alta de la Iglesia y el tesoro más precioso de la cristiandad. Faltaba sin embargo una fiesta solemne dedicada de lleno en lleno á celebrar las excelencias de tan venerable Institución, pues si bien se le honraba á diario en el sacrificio de la Misa y en el Tabernáculo de los altares, y si bien es cierto que el Jueves Santo estuvo siempre dedicado á conmemorar la institución de la Eucaristía, llamándosele por antonomasia el *día de la Cena* (Feria V. in Coena Domini), ni lo primero bastaba, ya que con el uso frecuente y visión continuada de las cosas por grandes que sean, vienen éstas á trivializarse para la masa de las gentes, ni tampoco podía bastar lo segundo ya que, ocupada la Iglesia toda la Semana Santa ó Mayor en recordar los dolores y la Pasión cruentísima del Salvador, apenas si los fieles podían quitar sus ojos de la calle de la Amargura y del Gólgota para detenerse en el Cenáculo y admirar á Jesús instituyendo el Sacramento Augustísimo de la Eucaristía.

Movido por estas razones, por alguna revelación de almas santas (1) y por la ternura de su amor hacia Jesús Sacramentado, el Papa Urbano IV, determinó instituir una festividad solemnísimamente dedicada de plano á conmemorar las gracias infinitas encerradas en el Santísimo Sacramen-

(1) Santa Juliana y el V. P. Fr. Hugo de San Caro, fueron quienes rogaron al Soberano Pontífice, que señalase un día en el que la Iglesia honrara la memoria de la Institución eucarística. De esto á decir que Santa Juliana ó otro que no fuese Santo Tomás escribieron el Oficio del Corpus, hay un gran trecho y un gran absurdo.

to. Los pueblos cristianos debían entusiasmarse en presencia de su Libertador, y el Rey de los reyes, expuesto solemnemente en los altares ó llevado en triunfo y entre nubes de incienso y acordes trísticos por las calles y plazas públicas, recibiría la adoración pública de sus criaturas aclamándole por su Dios y doblando todos los seres las rodillas ante el nombre de Jesús.

Sólo faltaba el Oficio digno de tan alto Sacramento, el canto adecuado para tal solemnidad. Y Urbano IV, sin vacilar un instante, encomendó la composición del Oficio del *Corpus Christi* á Santo Tomás de Aquino ya que él era el Príncipe de los teólogos, el Ángel de la pureza, el vate inspirado que disponía de alma fecundísima para cantar con plectro *sabiamente meneado* las misericordias y las dulcedumbres del Señor (1).

Y en efecto: aquel niño bendito que en las soledades de Monte Casino preguntaba anhelosamente por su Dios; aquel manco angelical que vestido con blanquísimo hábito en Roca-Seca supo salir triunfante y coronado en el palenque donde tantos cedros han venido á tierra; aquel Sacerdote venerable que en presencia de la Hostia Santa, vertía lágrimas de ternura y derramaba su corazón enamorado; aquel Salomón incomparable que era el asombro de las Universidades por los tesoros de ciencia que se encerraban en su cerebro gigantesco; aquel Tomás de Aquino, que era el Águila soberana que cernía sus hermosas alas en alturas atrevidísimas é inaccesibles para los demás mortales, era sin género de duda el verdadero y único es-

(1) Dice la tradición que encargados á la par de la redacción del Oficio eucarístico Santo Tomás y San Buenaventura, y llamados el Ángel y el Serafín á la presencia del Pontífice que había de examinar ambas composiciones, mientras el Doctor angélico leía su hermosísimo Oficio, el Doctor seráfico San Buenaventura rompió en pequeños pedazos el que acababa de componer, pareciéndole que en parangón con el de Santo Tomás su Oficio no merecía la pena de leerse siquiera. Con esto prevaleció el Oficio compuesto por Santo Tomás que es el usado por la Iglesia en la festividad del *Corpus Christi*. El crítico Padre Tourón no admite esta comisión del Papa á San Buenaventura. (Tomo I. Lib. II. Cap. XIII.)

cogido para la composición del Oficio que debía ser cantado al más tierno de los misterios y en la más clásica y peregrina de las festividades religiosas. (1)

Y ¡cuán magnífico salió de la mente y del corazón del angélico Maestro ese himno bendito con que la Madre Iglesia honra á Jesús Sacramentado!..

Cuando los templos de la ley de gracia, inundados de luz y henchidos de armonías celestiales, abren de par en par el tabernáculo santo y entre espirales de incienso y cercada de rosas y palmas de oro aparece la sacratísima venerable Hostia, al oírse el misterioso *Tantum ergo Sacramentum* cantado por los sacerdotes de la casa del Señor y acompañado por las notas dulcísimas del órgano, el alma se extasia en presencia del *Agnus* y enamorada con las delicias de Jesús, quédase suave y dormida en el amor infinito de su Dios, olvidase de los cuidados y de la barandina de la tierra y transfórmasse místicamente en Jesús á quien descubre con los ojos de la fe entre los velos de la sacrosanta Eucaristía.

Cuando en el incruento Sacrificio de la Misa, se ofrece al Padre celestial la Hostia saludable y bendita como víctima expiatoria por los pecados del mundo, los labios siguiendo el sentimiento del corazón, celebran al Dios Sacramentado y cantan sus misericordias diciendo con Santo Tomás:

Lauda, Sion, Salvatorem,
Lauda ducem et pastorem,
In hymnis et cantibus.
.....
Bonæ Pastor, Pans vere,
Jesu nostri miserere;
Tu nos pascere, nos tuere,
Tu nos bona fac videre
In terra viventium.....

Cuando en solemne y magnífica procesión, sale de los

(1) El mismo Santo Doctor pidió al Sumo Pontífice la institución de esta fiesta del Corpus como recompensa de sus *Obras* tan estimadas de Urbano IV. (Véase Tourán, lugar cit.)

templos cristianos el Dios de la caridad y de la gloria, colocada la Custodia sobre hermosísima carroza (1); cuando la bandera nacional cae á los pies del Rey del cielo y las armas se inclinan y rinden al paso del invictísimo Caudillo; cuando los militares baten el himno patrio y los cañones disparan las salvas de ordenanza al atravesar las calles el Príncipe de la paz y el Señor de la fortaleza; cuando las campanas alegran los aires con sus timbres y los pueblos henchidos de júbilo saludan y bendicen á su libertador soberano; cuando toda la naturaleza parece como que estalla en suspiros de amor y de regocijo y ofrece el lujo de sus maravillas y encantos para festejar al común Hacedor, entonces suben al trono de Jesús Sacramentado las preces fervorosas de las almas que repiten con el angélico Poeta:

Sacris solemnibus juncta sint gaudia
Et ex præcordiis sonent præconia:
Recedant vetera, nova sint omnia,
Corda, voces et opera.....

Y cuando sin tanta solemnidad externa, aunque con idéntico amor, sale Jesús en la Eucaristía á visitar al enfermo cuya alma se encuentra próxima á partir de este mundo á la eternidad, entre las lágrimas de los que se despiden, entre los suspiros del que muere, entre las sombras y tristezas que rodean la ceremonia, óyese como música del paraíso y como llamada amorosa de serafines aquella hermosa estrofa del inspirado Maestro:

O salutaris Hostia
Quæ cœli pandis ostium!
Bella prestant hostilia;
Da robur, fer auxilium!..

Tan bello y celestial es el Oficio compuesto por Santo Tomás de Aquino. Toda la Iglesia lo adoptó por suyo, los

(1) Hay poblaciones donde, como en Palencia, Toledo, Bilbao etc. las Catedrales ó Iglesias poseen soberbios carros triunfales de oro y plata sobre los que va colocado en un templete el viril que suele sopportar en mérito y trabajo artístico con la carroza.

ángeles lo cantan ante el trono del Cordero, los serafines lo repiten día y noche adorando á Jesús tras los velos encáristicos, los poetas lo miran como fuente abundosa de inspiración, los músicos lo acompañan con notas de inefables armonías, los artistas todos lo simbolizan en sus obras, los santos hacen de él su meditación continua, y los peregrinos de la tierra que suben al cielo por el áspero viacrucis de este destierro de quebrantos, entonan á Jesús en la Eucaristía estrofas del himno soberano compuesto por Santo Tomás, pidiendo al Pan de los fuertes auxilio y robustez para no desmayar en las continuadas luchas de la vida y celebrando las finezas del corazón divino oculto en el Sagrario. Por eso le dicen:

O res mirabilis! manducat Dominum,
Pauper, servus et humilis!

ARTÍCULO X

ARROBAMIENTOS INEFABLES

El milagro más sorprendente de la vida del Doctor angélico, fué, sin duda alguna, la unión suavísima y jamás interrumpida de su alma con Dios. Ya estudiase ó escribiese, orando y paseando, bien en la soledad ó bien en el bureo de las cortes y negocios, ora en el retiro de la noche callada, ora en medio de la luz y de las distracciones del día, en todos los momentos y en cualquier tiempo ó circunstancia, Santo Tomás estaba unido con Dios y adoraba á la Majestad infinita en el secreto del corazón sin vanos alardes ni alharacas místicas de devoción. Diciendo Misa pensaba en Dios, leyendo y escribiendo pensaba en Dios, comiendo pensaba en Dios, pensando en Dios se dormía, y al despertarse, su primer pensamiento era para Dios. Y todo esto á la callada y en oculto sin que por de fuera pareciese la grandeza de aquella sólida y heroica devoción.

Este consejo fué la clave de toda la santidad del Doctor angélico y en ese retiro místico del alma elaboró incesantemente la altísima perfección que le caracteriza, viniéndole con ese dulcísimo silencio interior todos los bienes con que el Señor se complació en hermosear su alma inocente y privilegiada.

Por eso Santo Tomás dió tantos chascos en su vida, porque juzgándole muchos á la ligera y por la modestia con que el angélico Maestro encubría toda su grandeza, no leían por de pronto en el fondo de su alma ni vislumbraban los tesoros inefables ocultos en su corazón. Pero llegaba la oportunidad en que por una providencia especial de Dios se descubría algo de lo que se encerraba en el alma de Tomás, y entonces era el pasmarse y el asombrarse de las gentes, como quien entre las yerbas sorprende la olorosa violeta y en el fondo de la concha encuentra una perla de valor inestimable.

Y como no hay virtud más hermosa que la modestia, ni grandeza más legítima que la humildad, por eso el angélico Maestro fué siempre tan querido y buscado de los que de veras saben estimar el mérito de la virtud y del heroísmo.

Ya se ha dicho el aprecio en que tuvo el Pontífice Urbano IV á Santo Tomás eligiéndole para maestro de su palacio: más tarde le encomendó un trabajo sobre la unión de la Iglesia griega con la latina, encargóle la composición del sublime Oficio del Corpus, y últimamente quiso el Papa que Santo Tomás redactase una obra de mérito colosal en la que como en vastísimo panorama y magnífica exposición apareciesen los textos de los Padres de la Iglesia sobre la genuina interpretación de los cuatro Evangelistas. Todo lo cumplió Santo Tomás con aplauso y complacencia del Pontífice. (1)

(1) La Obra maravillosa á que aludo, se titula *La Ciudad de oro*, y verdaderamente que áurea y celestial es la exposición que en ella hace el Doctor angélico sobre los cuatro Evangelios, reuniendo con tal oportunidad los textos

Muerto Urbano IV, su sucesor Clemente IV (1265), profesó también singularísimo cariño al Doctor angélico. En prueba de esta predilección que el Papa sentía por el Angel de las Escuelas, nos dice la historia que le ofreció el Arzobispado de Nápoles siendo Santo Tomás de treinta y nueve años de edad, y aún se dice que llegó el Pontífice á extender la bula de la preconización y del nombramiento tratando de ganarse la voluntad del Santo. Resistió éste en su humildad ingénita y expuso tales razones á Clemente IV, que al fin, no se dió curso á la bula y Santo Tomás pudo libertarse en esta y en otras ocasiones de la tremenda carga y responsabilidad del Episcopado para el que San Pablo exige cualidades excepcionales, ya que el Obispo está puesto, al decir del mismo Apóstol, como el guía y pastor de la Iglesia de Dios.

Nombrado Santo Tomás Regente de estudios en el Colegio de Roma, comenzó allí á escribir la *Suma Theologica* de que se hablará más tarde; y trasladado poco después á Francia, fué puesto de nuevo al frente de las escuelas en el Colegio de Santiago de París. Y en medio de todas estas glorias, ocupado en cargos tan honoríficos, hecho el punto céntrico de las miradas de los sabios, era tal la modestia de Tomás, estaba su alma tan arrollada dentro de sí misma, que en realidad podía decir con San Pablo, que el mundo estaba crucificado para él y él para el mundo. El pensamiento del Angélico remontábase sobre todas las pe-

de los Padres, que más bien parece una homilía de un solo autor que no la reunión de varios testimonios ó comentarios. *Con gran trabajo y maravilloso artificio* (non sine magno labore miroque artificio conexas) dice la edición de 1595 que está escrita la obra. En el prólogo dirigese el Santo á Urbano IV á quien ofrece su trabajo «para que vuelva la obra á manos de aquel de quien salió el mandato y el precepto.» Los Santos Padres, de cuyos comentarios usa el Doctor angélico, son tanto los griegos como los latinos, figurando entre los primeros Dionisio Areopagita, Orígenes, Rusellio de Cesarea, Atanasio de Alejandría, Gregorio Niseno, Juan Crisóstomo, Juan Damasceno, etc., y entre los segundos, se citan á Ambrosio de Milán, Jerónimo, León I, Gregorio I, Alcuino, Rabano Mauro, Beda, Agustín de Hipona, etc. Hasta la prefación está formada con textos de los SS. Padres.

queñeces de la tierra y detras del pensamiento se iba el corazón, y ambos, perdidas de vista las riberas se engolfaban de lleno en el océano de la sabiduría y de la misericordia infinitas. El alma de Tomás era demasiado grande para el mundo y marchábase constantemente hacia Dios, como el río camina hacia el mar y como el águila se dirije hacia el sol. Por eso el Angel de las Escuelas olvidábase de todos los negocios en que le ocupaban y sin darse cuenta de los objetos exteriores, hallábase entretenido con el cielo y abrazado con la sabiduría que era el imán de sus facultades.

Convidóle en cierta ocasión el piadosísimo Rey de Francia Luis IX para que viniese á su palacio y comiese en la mesa del monarca, pues como Santo que era el Rey, gustaba de conversar con los Santos. Estaba entonces el Doctor angélico preocupado con la resolución de algunos puntos de la Suma, y aunque hubiera deseado no acudir á la invitación de San Luis, hubo de aceptar al fin obligado por la insistencia del Monarca y por el mandato del Prior del Convento. Inmenso fué el gozo de San Luis al tener en su mesa al Doctor celebrísimo cuyo nombre llenaba el mundo y complaciase el piadoso Rey en agasajar y obsequiar al insigne dominico con todo cuanto en su mano estaba. Tomás parecía ebriedo y absorto en alguna idea soberana que le llevaba toda la atención, y dominado por ese pensamiento, sin caer en cuenta del lugar en que se encontraba, con una de sus manos dió un golpe sobre la mesa exclamando: *Conclusum est contra manichaeos!*... ¡He concluído con los manichaeos!...

Estupefacto el Prior con el suceso y asiendo suavemente al Doctor angélico por la capa, le dijo: Maestro, acordao que os halláis en la mesa del Rey de Francia; con lo que volviendo de su enajenación Santo Tomás, trató de disculparse con el Monarca; pero el gran San Luis, admirado de la milagrosa abstracción del Doctor angélico, lejos de ofenderse por aquel rasgo de aparente descortesía,

cobró nuevo aprecio y más íntimo afecto á la persona del insigne dominico.

Dictaba en otra ocasión á uno de sus secretarios un artículo de la Suma, y teniendo en las manos una vela encendida, quedöse tan absorto y meditabundo, que gastada la vela, íbansele quemando los dedos con el pábilo sin que se percatase de ello hasta que fué advertido por el compañero.

También refiere la historia que puesto en oración el Santo, le fué cauterizada una de las piernas por los médicos sin que se diese cuenta de la operación dolorosísima hasta que sintió más tarde las consecuencias del cauterio.

Y no se crea que el Doctor insigne, por su complexión fuese de recio aguante, pues nos dicen sus biógrafos contemporáneos que era de carnes muelles y delicadas y de un sentimiento finísimo. Lo que había era que ocupada el alma en las cosas del cielo, el cuerpo quedábase como insensible á las cosas de la vida y no se daba cata de los trabajos y de las vicisitudes de este valle de quebrantos.

Paseábase á menudo solo y con la vista puesta en el cielo como lo hiciera un ángel desterrado en el mundo; y cuando los religiosos queriendo recrear al Santo Maestro, le bajaban entre muestras de indecible cariño á la huerta ó al jardín del Convento, si en el recreo acudía á la mente del Doctor angélico alguna idea sublime ó algún pensamiento soberano, sobreponíase la inteligencia á toda su persona en tal forma que sin poderlo remediar, aislábase de improviso y subía á la celda para dar allí salida á la idea y disfrutar á solas del pensamiento que había llenado todo su ser. Y era tal la fuerza de aquella inteligencia gigantesca, tan poderosa su alma que á veces dominando al cuerpo, se lo llevaban tras sí, viéndose al Santo Ángel elevado sobre la tierra y suspendido en el aire en medio de un arco de luz y de resplandores inefables. Lo que allí veía Santo Tomás, lo que su corazón gozaba, quizás ni los ángeles ni los serafines lo pudieran explicar.

Esa grandeza del Santo Doctor debía acobardar al mismo infierno: por eso no se leen en la vida de Santo Tomás esas visiones grotescas y juegos ridículos del demonio que aparecen en las historias de otros varones ilustres; y es que Lucifer comprendiendo desde el castillo de Rocaseca el temple y la energía del alma de Tomás, viendo cada día lo colosal de su virtud y de su heroísmo, no debió juzgar prudente medir el campo y hacerse fuerte con aquel Maestro sapientísimo broquelado con las fortísimas murallas de la humildad más profunda y de la más angelical pureza.

Acaso piense alguno que el carácter meditabundo y arrobado de Santo Tomás, hacía á su persona poco grata y simpática á la sociedad, pues sabido es cuánto se paga el vulgo de gente dicharachera y lenguaraz y cuán mal recibe en ocasiones las manías y ocurrencias de los sabios á quienes no comprende. Sabios hay, en efecto, maniáticos y llenos de idiosincrasias que serían ridículas sino fuesen producidas por una pasión tan noble como es el amor á la ciencia y á la verdad. Pero en Santo Tomás nunca hubo cosa ridícula sino que todo rayó en lo sublime y heroico y en todo brilló la gracia con la inocencia y la grandeza con la humildad. De temperamento dulcísimo y apacible, de genio suave y blando, de carácter amoroso y grave sin dejar de ser alegre y festivo, nunca tuvo Santo Tomás adversarios personales, y si los tuvo sólo serian los envidiosos que no pueden llevar á bien la prosperidad y el mérito ajenos. La conversacion del Angélico era amenísima y sabia; su andar mesurado y compuesto, su mirada noble y penetrante como que leía los pensamientos más recónditos, y en el rostro del maestro incomparable, brillaba un vislumbre de gloria del cielo, un no sé qué de claridad sobrenatural que hermoseando su olimpica frente, le hacían aparecer como un verdadero Angel encarnado en la naturaleza humana. Jamás le habló nadie que no quedase prendado y como prisionero de las dotes singularísi-

mas de su persona venerable; nadie le consultó que no viese desvanecidas todas las dudas y dificultades; nadie le oyó que no le admirase, nadie le siguió que se llamase á engaño, nadie le miró que no tuviese que bajar la vista ofuscado con la luz del genio ó que dejase de levantar los ojos al cielo bendiciendo á Dios que tan cerca de Tomás se columbraba. Su presencia era la delicia de las aulas y de las Universidades; su voz el oráculo de la cristiandad; sus libros el tesoro de los sabios; sus enseñanzas el blasón de la ciencia en todos sus ramos, y su virtud la emulación de los serafines del paraíso.

Por eso el nombre de Santo Tomás fué bendecido por las eminencias de su época; su memoria ha quedado en los corazones de todos los amantes de las letras y de la virtud cristiana, el pedestal del Doctor angélico se alza soberano y airoso en medio de todos los tronos y de todas las glorias humanas, y al pasar por delante de Tomás de Aquino coronado por las generaciones de más de seis siglos, los sabios se inclinan respetuosos, los poetas les dedican sus estrofas, los arquitectos se inspiran en sus ideas para la construcción de las obras de arte, los pintores descubren en su frente campos y horizontes de inefable colorido, los Pontífices le aclaman por sol de la Iglesia, la Orden Dominicana le mira como á su hijo más querido y la humanidad le saluda como á la representación más gallarda y el símbolo más hermoso de la dignidad racional iluminada por los destellos soberanos de la fe y de la caridad del cielo.

ARTICULO XI LA SUMA DE TEOLOGÍA

Los héroes se distinguen por su historia y esa historia se forma con los hechos y las proezas que más les caracterizaron; y si Guzmán el Bueno se ilustró en la defensa de la plaza de Tarifa, si el mayordomo de Palacio, Carlos Martel logró immortalizarse en la batalla de Poitiers, si el

magnánimo Juan de Austria fué el héroe de Lepanto y Juan de Lavalette el caudillo invictísimo de Malta, si el genio de Felipe II ha quedado esculpido en la maravilla del Escorial, si el nombre de los artistas va unido á los monumentos que levantaron, si el *Quijote* es el libro clásico de Cervantes y la *Cristiada* del P. Hojeda, si, en fin, la corona de los héroes son sus obras y entre éstas hay siempre una clásica y característica que lleva impreso el genio y la marca luminosa del autor, forzoso es que al hablar de Santo Tomás de Aquino, vaya con su nombre el de la *Summa Theológica* ya que en ella aparece de relieve toda la grandeza del Doctor angélico y ya que viene á ser la Suma el libro clásico de Santo Tomás, su hazaña más milagrosa, el *Lepanto* de sus conquistas, el *Escorial* de sus maravillas, la *Catedral gótica* de su genio, la *Iliada* de sus inspiraciones, el *Idilio* de su corazón y el esfuerzo soberano de todas sus facultades gigantescas armadas con la ciencia y con la gracia divina.

«Contiene esta obra admirable, dice el P. Raulica, en seiscientas doce cuestiones y en cuatro mil artículos, la solución de más de diez mil dificultades; y sin embargo, en este largo curso de discusiones y de enseñanzas, el método igualmente que el estilo es siempre invariable, observándose constantemente idéntica claridad y la misma fuerza de raciocinio. Jamás teólogo alguno se remontó á tan sublime altura, ni hubo nunca filósofo que permaneciera más firme en la verdad ni que se mostrase más grande y luminoso. Santo Tomás vió y previó de antemano todas las dificultades que en la sucesión de los tiempos pudiera oponer la razón á los misterios, dogmas y leyes de la Religión cristiana, y su angélica inteligencia las combatió y resolvió anticipadamente... La Suma Teológica, es el libro más sublime, más admirable, más útil y más completo que ha salido de las manos y de la inteligencia del hombre, pues la Sagrada Escritura salió de la inteligencia de Dios.»

«La Suma, dice el P. Campaña, es la silla regia más alta en que se puede sentar la inteligencia humana ayudada de Dios... En el organismo gigantesco de esta obra titánica, cada cosa está colocada en su lugar: abajo la materia, como último eslabón de los seres creados; arriba los ángeles, espíritus puros que alaban y sirven á Dios Todopoderoso, Creador, ordenador, conservador y Rey que rige y gobierna todas las cosas creadas; y el hombre como áureo eslabón que enlaza el mundo de la materia con el mundo de los espíritus. En medio de la celeste armonía de estas esferas, asoma, como por entre las ramas del árbol prohibido del paraíso, su cabeza deforme y aplastada el pecado del hombre y á su presencia, todo se oscurece; las cosas creadas se amotinán y empieza la lucha del bien y del mal y se va grabando al través de las batallas... la historia de la humanidad cuya página más gloriosa es la que se escribe en el Gólgota...

«En la Suma encuentran su defensa los dogmas y sacramentos y cánones de la Religión; allí encuentra su fortaleza la moral; allí la filosofía sus principios; allí sus elementos metafísicos las ciencias exactas y naturales; allí la política noble sus reglas y sus fines; allí la literatura su inspiración, el arte sus alas y la verdad la luz.» (1)

La fidelidad de la memoria que jamás olvidaba lo que una vez aprendía, el fuego y los esplendores de la imaginación que formaba sus fantasmas entre los ángeles y las maravillas del cielo, la agudeza milagrosa del entendimiento que escudriñaba con actividad sorprendente el fondo y la esencia de los objetos, la ternura del corazón que día y noche meditaba en las dulcedumbres infinitas de Dios y en las misericordias de Jesús, la elocuencia mágica de los labios que parecía un torrente impetuoso donde las ideas y las palabras disputándose la salida rebullían con exuberancia admirable, todas las maravillosas energías del alma nobilísima del Doctor angélico, se des-

(1) Panegírico de Santo Tomás predicado en Salamanca.—1902.

cubren como en magnífica exposición y panorama en las cuestiones y en cada uno de los artículos de la Suma incomparable. Es la Suma la producción más hermosa de la inteligencia humana, el esfuerzo más grandioso de las facultades racionales, el archivo más sagrado del saber, el depósito más lleno de verdades, el templo más gallardo alzado en honra de la ciencia y de la cultura, el monumento más artístico de la grandeza y del mérito del genio, el foco de luz radiosa con que se iluminan las letras y las artes, la Catedral gótica más atrevida levantada en la Edad media, en cuyo seno se compendia toda la historia del cielo y de la tierra, y cuyas cúpulas irguiéndose arrogantes en medio de los siglos traspasan las nubes y van á perderse en regiones inaccesibles donde no pueden llegar las miradas de los hombres.

Comenzó Santo Tomás á escribir la Suma en el pontificado de Clemente IV hacia el año 1265 siendo el angélico Maestro Regente del Colegio de Roma. El propósito de la Suma no puede ser más sublime ni más humilde y modesto. Oigamos al Santo Doctor.

«Siendo el oficio del maestro de la verdad católica, no ya sólo instruir á los aprovechados, sino también enseñar á los primerizos y principiantes, según aquello del Apóstol (I. ad Corinth.—III): *Como á niños en Jesucristo, os he dado leche suavísima en vez de manjar de robustos*, nuestra intención en esta obra es mostrar todo aquello que se refiere á la Religión cristiana proponiendo esas verdades del modo más conveniente á la erudición* de los que comienzan....» (1)

(1) El prólogo completo de la Suma dice así: *Quis catholicæ veritatis Doctor, non solum provecos debet instruere, sed ad eum pertinet etiam incipientes erudire (secundum illud Apostoli I ad Corinth. 3: Tanquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam), propositum nostræ intentionis in hoc opere est, ea quæ ad Christianam religionem pertinent, eo modo tradere, secundum quod congruit ad eruditionem incipientium.*

Consideravimus namque hujus doctrinæ novitios, in his quæ a diversis scriptis sunt, plurimum impediri. Partim quidem propter multiplicationem inutilium questionum, articulorum et argumentorum. Partim etiam, quia

Como se ve el plan no puede ser más vasto y soberano, es decir, *tudo aquello que se refiere a la Religión cristiana* y esto tratado con brevedad y claridad (brevisiter ac dilucide), ni tampoco puede ser más humilde y modesto, ya que la doctrina se expone *del modo más conveniente a la erudición y capacidad de los principiantes* (secundum quod congruit ad eruditionem incipientium.)

Y en efecto: estas dos cosas, sublime la una y modesta la otra, se conchaban tan á maravilla en las tres Partes en que se divide la Suma (1), que forman unidas un todo por demás encantador y sorprendente. Las cuestiones van sucediéndose unas á otras como las montañas elevadísimas de una cordillera que pierden sus crestas entre las nubes y á la vez recuerdan el dulcísimo murmullo de la brisa jugueteando en un valle de flores, ó la sonora cadencia de las ondas rizadas levemente sobre la superficie de las aguas. De todas maneras, el panorama es siempre amplio y sublime, la visión poética é inspirada; siempre lo grande y lo magnífico se desenvuelven ante los ojos del observador que descubre desde las primeras páginas regiones

es que sunt necessaria talibus ad sciendum, non traduntur secundum ordinem disciplinæ, sed secundum quod requirebat librorum expositio, vel secundum quod se precebat occasio disputandi. Partim quidam, quia eorumdem frequentis repetitio, et fastidium et confusionem generabat in animis auditorum.

Hæc igitur et alia hujusmodi evitare studentes, tentavimus cum confidentia divini auxilii, es que ad sacram doctrinam pertinent, breviter ac dilucide prosequi, secundum quod materia patitur.

(1) Consta la Suma Teológica de tres Partes, dividiéndose la segunda en dos para mayor claridad y método de 1.^a 2.^a y 3.^a sac. El Suplemento que va al fin, aunque es obra de Santo Tomás, no fué escrito para cuerpo de la Suma, sino agregado por sus discípulos, ya que el Angélico no terminó por completo la escritura de la obra.

Santo Tomás terminó la 3.^a Parte en la Cuestión XC. Artículo IV, sobre la Penitencia. El Suplemento que sigue se cree arreglado por el M. Pedro de Auvergne (Auvérnia) y tomado todo de los comentarios del Santo Doctor al Libro IV del Maestro de las Sentencias. Sobre éste y otros puntos de discusión pueden leerse las Disertaciones de R. María de Rubels que van al fin de la Suma en la Edición de J. P. Migne, y la eruditísima Vida del Doctor angélico, por el Padre Tourón, O. P.

inmensas, mundos nuevos más ricos y hermosos que los descubiertos por Colón, océanos sin orillas, cielos tachonados de luces, campiñas bordadas de innumerables flores y algo así como la transparencia y el vislumbre de la gloria infinita reflejada en las ideas gigantescas de Santo Tomás. Todo parece que acude al imperio de la voz del Maestro. Dios mismo le revela los encantos de sus misterios y ya la razón cree llegar en ocasiones á descubrir la llave del *Sancía Sanctorum* de la fe; la Virgen Madre se presenta en medio de una aureola de felicidad y de dignidad inefables apareciéndose como Reina de cielos y tierra; los Ángeles se ven con toda la actividad de sus operaciones maravillosas; las ciencias naturales ofrecen los tesoros de sus secretos y misterios; la metafísica desarrolla numerosísimos principios de donde brotan sabias consecuencias de la más elevada filosofía; el hombre se ofrece con toda su gallardía y nobleza como rey del universo visible y con la mancha de sus culpas con las que ofenden á su Dios; todos los elementos, todos los seres, desde el astro que vuela por el espacio hasta el insecto que se arrastra por el polvo, desde el águila que bate sus alas en las regiones del éter hasta el menguado pajarillo que ensaya sus sabrosos cantares entre las ramas intrincadas de los árboles, todo acude al llamamiento del genio, todo obedece á sus órdenes, todo se presta á minucioso análisis, todo pasa por el tamiz de la inteligencia angélica y sale de allí esplendorado y hermoso sirviendo de testimonio de la verdad y de la ciencia. Los enemigos de la luz se ofuscan sumergidos en el abismo de la claridad, los adversarios de la verdad rugen enfurecidos aute tamaño alarde de raciocinio y de lógica, los contrarios á Dios y á su Religión emudecen de espanto viendo ante sus ojos tal cúmulo de maravillas saliendo de Dios, embelleciendo al mundo de la naturaleza y de la gracia y volviendo al seno de la Divinidad. Cada cuestión es una epopeya, cada artículo una batalla campal, cada argumento un baluarte, cada

solución á las dificultades una almena desde donde la verdad triunfa del error y de la ignorancia. El mismo Santo Doctor prepara las fortalezas y anima á los enemigos á que bajen al palenque y salgan á campo raso para medir sus fuerzas en buena lid, templa las armas de los adversarios, expone sus dificultades, da cierto colorido de razón á sus objeciones, y luego cuando lo tiene todo dispuesto y comienza la lucha, es de ver al Ángel de la ciencia y al Aquiles de la Religión esgrimiendo la espada con bizarría estupenda y discurriendo acá y allá siempre con la frente erguida y el brazo armado hasta que hace suyo el campo, derrota á los enemigos y al cabo no queda de ellos más que despojos y ruinas.

Véase como ejemplo uno de los Artículos de la *Suma*, el V de la Cuestión XXVII en la Tercera Parte:

ARTÍCULO XII

SOBRE SI LA BIENAVENTURADA VIRGEN POR SU
SANTIFICACIÓN, ADQUIRIÓ LA PLENITUD
DE TODAS LAS GRACIAS

El procedimiento de este artículo quinto es como sigue: Parece que la Bienaventurada Virgen por su santificación en el seno de su madre, no alcanzó el lleno ó la perfección de la gracia; pues esto parece ser privilegio exclusivo de Cristo, según aquello de San Juan (Cap. I) *Le vimos (á J.-C) como á Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*. Es así que lo que es propiedad exclusiva de Cristo, no puede atribuirse á otro, luego la Virgen en su santificación, no recibió la plenitud de la gracia.

2. Además. Al que se encuentra lleno y perfecto, nada le falta para su complemento, ya que como dice Aristóteles (In 3. *Physic.* tex 63 et 64) *una cosa es perfecta cuan-*

do no le falta nada. Es así que la Virgen, después de su santificación, recibió nueva gracia, no sólo cuando concibió á Cristo según lo que se dice en San Lucas (Cap. I): *El Espíritu Santo descendiera sobre ti*, sino también cuando fué glorificada en su Asunción; luego parece que con la santificación primera, no obtuvo todo el lleno de la gracia.

3. Además. Dios no hace nada en vano como se dice en el 1.º del Cielo (tex. 32 et lib. 2, tex. 59). De haber sido santificada la Virgen con toda la plenitud de las gracias, seguiríase que hubieran sido vanas muchas de ellas que jamás usó; pues no se sabe que enseñase, que es acto de la sabiduría, ni que obrase milagros, que es acto de la gracia *gratis data*; luego no tuvo la plenitud de las gracias.

Pero lo contrario es lo verdadero, como nos consta por las palabras del Ángel á la Virgen (Luc. Cap. I): *Dios te salve, llena de gracia*. Y exponiendo este pasaje San Jerónimo en el sermón de la Asunción, dice: «Llena de gracia con toda propiedad, porque á las demás criaturas se les concede alguna gracia particular, pero en María se encuentra por entero la vena de todas las gracias.»

Y respondiendo al artículo, digo que tanto más de lleno participará un ser de la virtud de un principio, en cualquier orden de cosas, cuanto más cerca se encuentre de ese mismo principio. De donde discurre San Dionisio (Lib. 4. Cap. de Coel. Hierar) afirmando que los ángeles que se hallan más próximos á Dios, reciben más abundantemente las misericordias infinitas que los hombres que se encuentran más alejados de esa misma Divinidad. Ahora bien: Cristo es principio de la gracia autoritativamente según su divinidad é instrumentalmente según su humanidad, por donde se dice en San Juan (Cap. I): *La gracia y la verdad han sido hechas por Jesucristo*. Y como la Bienaventurada Virgen se halló, de entre las criaturas, la más próxima á Cristo según su humanidad ya que de ella recibió Jesús la naturaleza humana, luego debió recibir

de Cristo la plenitud de las gracias sobre todas las criaturas.

Al argumento primero, hay que decir que á cada uno le comunica Dios las gracias según el fin para que es elegido. Como Cristo en cuanto hombre fué predestinado y escogido para que fuese Hijo de Dios con la virtud de santificar, fué también propio suyo el tener tal caudal de gracias que abasteciese á todos, según lo que se lee en San Juan (Cap. I): *De su abundancia recibimos todos* (la gracia). Pero la Bienaventurada Virgen María recibió la plenitud de gracias por haberse hallado muy próxima al Autor de la gracia, de tal manera que recibió en su seno al que es la fuente de todas las misericordias y dando á luz á Jesucristo, puede decirse que se hizo el canal por donde se nos comunican todas las gracias.

Al segundo argumento debe decirse que en las cosas naturales, lo primero es la perfección de la disposición que es cuando la materia se encuentra perfectamente dispuesta para recibir la forma; lo segundo es la perfección de la forma que es más excelente como se ve en el calor que es más perfecto cuando resulta de la misma forma del fuego que cuando disponia la materia para recibir la forma; en tercer lugar está la perfección del fin, como en el fuego se encuentran de modo más completo sus cualidades cuando llega á su término. Por semejanza encontramos en la Virgen también tres clases de perfecciones en el orden de la gracia. La primera perfección fué á manera de *dispositiva* en virtud de la cual se hizo idónea para ser madre de Dios y esta fué la gracia de la santificación. La segunda perfección de la Bienaventurada Virgen la recibió con la presencia del Hijo de Dios encarnado en sus entrañas. La tercera perfección final es la que tiene en el cielo, como premio de sus virtudes.

Al tercer argumento hay que decir sin duda de ningún género que la Virgen Bienaventurada recibió el don de la sabiduría de un modo excelente, lo mismo que la gracia

de los milagros y la de profecía. Es cierto que no recibió estas gracias de manera que tuviese todos los usos de ellas y de las demás como las tuvo Cristo, sino según convenia á su dignidad de Madre de Dios. El uso de la sabiduría lo poseyó contemplando, como lo dice San Lucas (Cap. II): *María recogía todas esas palabras medítandolas en su corazón*. No usó de la gracia de la sabiduría para la enseñanza, porque no convenia á su condición femenil, según lo que dice el Apóstol (1.^o ad Timonth, 2.) *A la mujer no la permite que enseñe*. El uso de la gracia de los milagros, no la competía mientras viviese, porque la doctrina de Jesucristo debía de confirmarse entonces con los milagros del mismo Cristo y de sus discípulos que eran los administradores (bauli) de la doctrina de Cristo. Por eso se dice del Bautista en San Juan (Cap. X.) que *no obró ninguna señal extraordinaria*, para que de este modo los ojos se fijasen en Cristo. El uso de la profecía, lo tuvo la Virgen como se ve manifiesto por el Cántico que ella misma compuso: *Magnífica, alma mía, al Señor*, etc. (Luc. I.).

Tal es la trama que presenta el Angélico en el desarrollo de las verdades y en la refutación de los errores. Así se dilucidan las cuestiones y se expresan las tesis y se descubre la luz en medio de horizontes vastísimos y de innumerables encantos adornados. La Santa Escritura, los Padres de la Iglesia, los testimonios de los filósofos, todo acude á la Suma al imperio de su Autor; una cuestión llama otra y cada artículo es colorario del que precede y antecedente del que sigue. No parece sino que la Fe y la Razón sentadas junto a Santo Tomás abrían ante él los libros de la revelación y de la ciencia ofreciéndole sin reserva todos los tesoros y descubriéndole los misterios más recónditos y los más inefabes secretos.

Con razón dijo el Cardenal Cayetano (1) que en Santo

(1) In sum. 2.^{ae} Quest. EXLVIII. Artic. IV. III. Cardinal Cayetano, uno de los ingenios más grandes de la ciencia filosófico-teológica, fué Maestro General de la orden de Predicadores: su nombre era Fr. Tomás de Vio, y como natural de Gaeta, es conocido con el sobrenombre de Cayetano. Vivió en el siglo XVI.

Tomás que parece estuvieron fundidos los entendimientos de todos los Doctores, y León XIII, después de llamarle Príncipe y Maestro de la Escolástica añade: «De ingenio dócil y robusto, de memoria fácil y tenaz, de vida integérrima y pura, amó Santo Tomás únicamente la verdad, y riquísimo en toda clase de ciencias divinas y humanas, es comparado al Sol porque con el calor de sus virtudes fecundó á toda la tierra y la ilumina con los rayos de su sabiduría» (1).

Obra tan gigantesca como la *Suma*, no podía ser jugada por los hombres: necesitaba un censor del cielo y del cielo vino, en efecto, la censura y veredicto del libro incomparable declarado oficialmente bueno por el Señor de las ciencias.

He aquí cómo.

Hallábase el Doctor angélico en el Convento de Nápoles ocupado en la enseñanza y á la vez en la composición de la tercera parte de la *Suma*.

Era una noche serena, callada y bonancible. La histórica ciudad, teatro de tantas luchas y centro de incontables aspiraciones en la Edad Media y en gran parte de la Moderna, parecía adormilada en plácido reposo. El Mediterráneo con sus ondas azules y transparentes desarrollaba un poema de armonías al romper y gemir de sus aguas en las arenas de la playa: la luna brillaba como un disco de plata sobre el océano y alzabase misteriosa en el espacio como princesa de la noche seguida del cortejo de las estrellas. Mágicas procesiones de ninfas, drapeas, náyades, gracias, sílfides y musas, semejaban recorrer la superficie inmensa del mar, llevando en sus blancas manos guirnaldas de rosas y siemprevivas y ramos de mirto y laurel con

(1) Ille quidem ingenio docilis et tener, memoria facilis et tenax, vix integerrimus, veritatis inuice amator, divina humanaque scientia præcives, soli comparatus, orbem terrarum calore virtutum fovit, et doctrinæ splendore complevit. Epistola—Encyclica de Philosophia Christiana ad mentem Sancti Thomæ Doctoris Angelici in Scholis Catholicis instauranda.—4 de Agosto de 1879.

que se adornan los pedestales de los genios. Todo descansaba en dulcísima calma y en plácida soledad, y esta soledad y aquella calma inefable derramándose en torno de Nápoles esparcían en la hechicera ciudad un no sé qué de sublime y de maravilloso.

En los claustros del Convento napolitano de los Predicadores, reinaba también la santa paz y el silencio que acompaña á los grandes acontecimientos.

Habían los religiosos terminado el rezo solemne de los Maitines y en las naves del anchuroso templo quedaban aún, como ecos de la pasada salmodia, un concierto secretísimo de arrullos y de cadencias y una atmósfera deleitable en que entraban el perfume del incienso, el humo de los cirios y algo más que se siente y no se puede explicar, porque la virtud lleva siempre consigo efluvios inefables y divinos. Sólo un religioso había quedado en el coro esperando sorprender en aquella noche alguna escena misteriosa que el corazón le hacía sospechar.... Y efectivamente: al poco de permanecer en la santa expectativa, observó el religioso que en la capilla de San Nicolás donde se veneraba un devotísimo Crucifijo, se oían palabras y murmullos de oración y se divisaban resplandores celestiales. Escuchó atónito y acercándose estupefacto á la balaustrada del coro, vió al Maestro Fr. Tomás de Aquino puesto de hinojos ante la imagen de Jesús Crucificado. El semblante del Angélico irradiaba una luz inefable y de los labios entreabiertos del Crucifijo salían estas sublimes palabras: *Tomás, bien has escrito de mí. ¿Qué quieres ó gracia me pides en recompensa?...* Y el Doctor venerable, embriagado en éxtasis de amor divino, respondía: *¡Señor!... No quiero otra recompensa que Vos.*

Así habló el mismo Dios á su fiel siervo; así confirmó la Verdad infalible la Obra más grande que ha producido el humano entendimiento...

Humilde, como siempre, el Doctor angélico en presencia de Jesús que no le reprendía por su incredulidad co-

mo al otro Tomás Apóstol, sino que le enaltecía ofreciéndole el premio y la recompensa, exclamó como el Dídimo embriagado en caridad al introducir sus dedos en las llagas del divino Salvador: *Dominus meus et Deus meus!... ¡Señor y Dios mío!... Nada quiero sino a Vos mismo,*

Admirable promesa la de Jesús y hermosa petición la de Santo Tomás: aquella breve en palabras y magnífica en larguezas, ésta concisa también en la expresión é inmensa é infinita en el fondo, como que no se contenta sino con el Bien sumo que es Dios.

No es extraño, en vista de este veredicto del cielo, que la tierra se haga lenguas para celebrar las excelencias del genio de Tomás y que la milagrosa *Suma* haya sido, el baluarte de la Iglesia y la gloria más legítima de las ciencias y de los sabios. Por eso los Pontífices recomiendan ese libro prodigioso como el manantial purísimo de verdadera ilustración: por eso en Florencia, en Trento y en el Vaticano fué la *Suma* del Angélico la exposición más hermosa de los dogmas revelados y de las leyes ordenadas al mejoramiento de las costumbres y á la regularización de la disciplina eclesiástica (1); por eso, en fin, los mismos enemigos de Dios y de la Iglesia reconocen el mérito sin segundo de la *Suma*; y el infame Lutero quemando el libro del Doctor angélico junto con la bula de León X, y el audaz Bucero exclamando en su despecho: *Tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam Dei*: Quitad á Santo Tomás y yo acabaré con la Iglesia de Dios, demuestran á las claras que la *Suma* es el castillo más fuerte é inexpugnable del catolicismo y el arma vigorosísima con que se defiende la verdad revelada de concierto con la humana y natural.

Santo Tomás no dió los últimos retoques á la *Suma*, y

(1) Sabido es que en el Concilio de Trento, la *Suma* fué colocada por los padres en la mesa de las sesiones y al lado de la Santa Biblia. Cuando ocurría alguna dificultad, la Asamblea tomando la *Suma* exclamaba: *Consultamus divum Thomam*: Consultemos á Santo Tomás.

el *Suplemento* con que se termina, aunque obra suya, es anterior á lo restante y fué recogido por sus discípulos para completar las últimas cuestiones.

¿Por qué el angélico Maestro no concluyó por entero su obra magna estando ya al terminarse?... He aquí un misterio inescrutabile.

El caso fué que desde el día seis de Diciembre de 1273 en que Santo Tomás tuvo revelación especialísima de que se acercaba su tránsito al celebrar la Misa el día de San Nicolás Obispo, no volvió á escribir sobre las cuestiones de la *Suma* que habían quedado pendientes. Lo que el Doctor angélico pudo ver y oír en aquella revelación milagrosa, no lo dice la historia; pero lo cierto es que cuando los discípulos de Santo Tomás le rogaban que concluyese la *Suma* antes de partir de este mundo, respondía conmovido: *¡No puedo, no puedo!... Y como su particularísimo amigo y discípulo Fray Reginaldo se atreviese un día á preguntarle por la causa de aquella suspensión, le contestó el Santo Maestro: Querido hijo: ha llegado el tiempo en que ya no debo escribir más. Después de lo que he visto y de lo que se me ha revelado, me parece tan excelente lo de allá y tan pequeños mis trabajos que ni puedo hablar de lo que sé ni proseguir en mis pasados escritos. Confío en Dios que así como he terminado mi carrera de maestro, terminaré muy en breve mi viaje de peregrino en la tierra.*

Las esperanzas del Angélico se cumplieron; y pocos días después de esta declaración, el cielo recogido abrió sus puertas de luz y oro labradas, para recibir en sus altas regiones al venerable Maestro que entraba en la eternidad coronado con las guirnaldas de Virgen y de Doctor.